

príncipe el amor de todos sus vasallos. *Carus omnibus* (1). Toda la Francia se juzga dichosa por poseer en él otro Isafías. Su reputacion se extendió por toda la Iglesia; pero él temblaba al mirar su reputacion y su gloria. Quisiera borrarla, si pudiera; pero lo intentaba inútilmente. El reconocimiento no permitió al príncipe que escuchase la humildad del Santo. Presentóse la ocasion de coronar el mérito y aprovechóse de ella Clotario: en una palabra, *Sulpicio* fué elevado á las primeras dignidades del Santuario ::: Yo entro sumamente gustoso á considerarle entre los honores de la Iglesia despues de haberle admirado entre los del mundo. Como penitente en la mansion del libertinage, solitario en la de la dissipacion, y apóstol y profeta en la de la incredulidad, vivió entre los grandes de la tierra y supo instruirles por medio de sus exemplos. Obtiene las grandezas de la Iglesia, y las santifica por el uso que hace de ellas. *In medio magnatorum ministravit.*

SEGUNDA PARTE.

Acababa la muerte de llevar á uno de los mas ilustres Pontifices que la capital de Berry habia contado entre aquellos que habian honrado la Silla de su Metrópoli: á un Pontífice cuyo episcopado puede ser tenido por una de las maravillas del sexto siglo: á un Pontífice recomendable por su nacimiento

(1) *In vitâ S. Sulpitii, c. 22.*

to y mucho mas distinguido por sus virtudes: en una palabra, á San Austregisilo. Desde aquel instante empezaban ya á mudarse los primeros sentimientos del pueblo en justa veneracion. La memoria de Austregisilo era otro tanto mas preciosa, en quanto se creía por casi imposible darle un sucesor que le imitase. Estaban discordes los votos, y parecia que con motivo de las mas poderosas facciones no se podrian reunir tan pronto. Dividida la Clercia por las intrigas de la corte, suspendia sus deliberaciones y su eleccion. La ambicion de muchos rivales que los sostenian igualmente, retardaban el nombramiento del príncipe::: No permitais, pues, ó Dios mio, la division de los pareceres, sino para fixarlos mas brevemente y con mayor resplandor en una perfecta uniformidad de opiniones. Austregisilo debia ser reemplazado y del modo que pedian sus deseos. Manifiéstase la intencion del cielo: levántase la voz, y unidos todos los votos proclaman con aplauso á *Sulpicio*. La piadosa reyna Sichilda, á quien la historia nos da á conocer con la imágen de la virtud, representó á Clotario la santidad y los milagros de nuestro Héroe, y los derechos que tenia sobre el reconocimiento de su Señor. *Gloriosa ad viri memoriam revocabat* (1). Solicita, importuna y no se detiene en persuadirle. Consulta el monarca á un mismo tiempo á su Religion y á su corazon, y nombra á *Sulpicio*. Aun le parece una débil recompensa

(1) *In vitâ S. Sulpitii, c. 13.*

sa la primacía de Aquitania, segun la obligacion que reconoce tener al mas santo de sus vasallos. *Emeruit primæ Aquitaniæ sedem* (1). Solo *Sulpicio* es contra *Sulpicio*. Pero ¿que podrá contra él su tímida modestia? No le sirvió de otra cosa que de confirmar mejor lo bien que merecia los honores que rehusaba. Obligado á admitirlo, no solamente igualaba, sino que excedia tambien al mérito de su predecesor. Despues de haber sido el oráculo de la corte vino á ser tambien el ornamento del episcopado. Esta dignidad tiene sus ventajas, mas no siempre hacen ellas el mérito y la gloria de un Pontífice. Esto no consiste en la autoridad que exerce, en las riquezas que posee, ni en las prerogativas que goza: pende sí, en el uso que hace de sus deberes, de sus bienes y de sus privilegios, que es lo que le hace el objeto de las alabanzas ó de las censuras públicas. La autoridad del episcopado debe apoyar el zelo de un Pontífice. Sus riquezas deben arreglar los beneficios de su caridad. Y sus prerogativas no le deben ser conocidas, sino para hacer resplandecer su desinterés. ¿Acaso no habré trazado yo, ó glorioso Santo, al manifestar las obligaciones de un Pontífice zeloso, caritativo y desinteresado, el retrato de tu mismo episcopado? El zelo de nuestro *Sulpicio* triunfa con brillantez por la autoridad que su dignidad le dispensa: su caridad distribuye santamente las riquezas que el episcopado le acarrea: su desinterés

(1) *In vitâ S. Sulpitii*, c. 13.

le hace renunciar sin reparo los privilegios que le concede; y así es, que por sus trabajos, por sus beneficios y por su abdicacion, santificó los honores de la Iglesia. *In medio magnatorum ministrabit.*

La autoridad, pues, es indispensable al zelo, y este necesario á la autoridad. Sin ella no puede nada aquel. Reducido á formar proyectos impracticables, no puede extenderse mas allá de sí mismo. Es un fuego que se consume sin comunicarse á otras partes. Es una voz débil que solo se levanta para caer. La autoridad sin el zelo se hace temible por una dominacion odiosa. ¡Quantas veces obliga á los espíritus sin reynar sobre los corazones! En este caso, no es otra cosa que un trueno que despide rayos en lugar de ser un amante que cautivase con sus atractivos. Pero quando el zelo y la autoridad se prestan una fuerza y un mutuo socorro, ¡quan amables y poderosas son sus leyes! Entónces no experimenta el Pontífice contradicciones, sino que consigue sucesos.

Así lo veremos por la conducta de *Sulpicio*. Menos lisonjeado por los honores que se le proporcionaban, que por los trabajos que le esperaban, solo conocerá sus deberes y escuchará su zelo. *Oneri occubuit, non honori* (1). Mas ¿que zelo se igualará al suyo? No hay que temer de que para sostener su autoridad, baxo el especioso pretexto de asegurar la gloria de la Religion, se entregue á las impresio-

(1) *In secunda vita S. Sulpitii.*

nes de un zelo imprudente: no de que como un indiscreto sea siempre enemigo de la paz, porque así lo juzguen sus preocupaciones: no de que sea continuamente perjudicial á la verdad, porque esta vil accion sea como parcial de sus juicios: no siempre falso en su modo de pensar, porque camine sin principios y solo por las sendas de las alabanzas de una falsa conciencia: no siempre desgraciado en sus empresas, porque las trate sin sabiduría, y cause de este modo el peligro: no perjudicial en sus conseqüencias, porque sea inflexible por obstinacion, y se resista á la evidencia misma: no siempre odioso á la equidad é incondescendiente á ella, porque haga resonar el golpe ántes que hablar la Ley ::: No, *Sulpicio* causaba al mismo tiempo las delicias de su pueblo y la edificacion de la Iglesia. Esta aplaudia su firmeza y su prudencia: su pueblo encontraba en él un pastor y un padre. Su vigilancia igualaba siempre á su bondad, y su dulzura no dexaba nunca de ser la regla de su zelo. La Iglesia le llama el hombre del pueblo. *Gregius Pastor*. Su pueblo le llama el hombre de Dios. *Vir Dei* (1). Si sostenia sus trabajos por su autoridad, y si el título de Pontífice le daba sobre los demas espiritus un poderoso ascendiente, tampoco se aprovechaba de estas ventajas para abusar de ellas.

Dos hombres conocidos con un mismo nombre, y casi en el propio siglo, gobernaron

(1) *In secunda vita S. Sulpit.*

ron la misma Iglesia, y merecieron por la sabiduría de su régimen ser ambos colocados sobre los altares. *Sulpicio el Severo* adquirió por la gravedad de sus costumbres un nombre que no le hizo decaer nada la dulzura de su carácter: *Sulpicio el Piadoso* consiguió por la afabilidad de su espíritu un nombre que no impidió en nada á la firmeza de su zelo. Criados uno y otro en la corte de Borgofia, se distinguieron en ella por sus virtudes, y colocados ambos en el episcopado, se singularizaron en aquella capital por sus sucesos. *Sulpicio el Severo* debió su elevacion á Gontrano; y la de *Sulpicio el Piadoso* fué obra de Clotario. El primero se hizo célebre por su eloqüencia y erudicion; y la celebridad del segundo está asegurada con conversiones y milagros. Ambos manifestaron igual solitud y prudencia. El uno restableció la decaida disciplina: el otro la mantuvo en su vigor. Los talentos de aquel fueron útiles al concilio de Macon: la autoridad de este fué respetada por el concilio de Rheims. *Sulpicio el primero* gozó siete años el episcopado: *Sulpicio el segundo* le tuvo tan glorioso, pero mas largo. Por él se señalará é inmortalizará siempre.

Vosotros no dexaréis de oír con edificacion las interesantes maravillas que acaecieron en él. Tan pronto como se le vió, formó su esclarecida vigilancia, zeloso de las leyes y del espíritu eclesiástico en Berry, una celeridad sabia, religiosa y útil; y por medio de caritativas reprehensiones, mantuvo su moderacion á los pueblos en tan dulce dependencia.

cia, que mas bien parecia un beneficio que un yugo de sujecion. Le veo ademas, que puesto á la cabeza de los sínodos que juntaba, combatia y desarraigaba los acreditados y envejecidos abusos, reprimiendo asimismo y haciendo enmendar las licenciosas costumbres. Le veo tambien sembrar por todas partes la misteriosa semilla de la palabra evangélica, y recoger los mas saludables y abundantes frutos. *Salutaria semina per omnem terram latius ferens* (1). Y en fin, le veo enseñar muchísimo con sus discursos, aunque infinitamente mas con sus exemplos. *Multa verbis; plura docebant exemplis* (2). Todo el Occidente tenia puestos sus ojos en él. Sus trabajos son inmensos. La Aquitania y la Francia toda, apenas bastaban para el infatigable ardor de su zelo. Era como otro Josías que por todas partes ensalzaba la piedad sobre las ruinas de la irreligion. *Tulit abominationes impietatis, & in diebus peccatorum corroboravit pietatem* (3).

¿Que sucedió, pues, quando se presentó entre los Obispos congregados en la capital de Champaña para ratificar las decisiones de los concilios precedentes, y fixar en aquel otras nuevas? El que los mas ilustres metropolitanos de la Iglesia Galicana, qual eran un Sonnace de Rheims, un Thierry de Leon, un Sindulfo de Viena, un Modegisilo de Tours

(1) *In secunda vitâ S. Sulpitii.*

(2) *Ibidem.*

(3) *Eccli. 49. v. 3. y 4.*

y un Richet de Sens le representaban como á Doctor y oráculo de la Religion. *Religionis Doctor* (1). Parecia que *Sulpicio* dictaba á los Aarones y Onías de su siglo las sabias leyes que prohiben la enagenacion de los bienes consagrados al Santuario: las que castigan las intrigas de los levitas contra los pastores; las que exterminan el resto de la heregia en las Gaulas; las que excluyen de los cargos públicos á los hombres sujetos con los lazos de un ilegítimo matrimonio; las que declaran la miseria y muerte de los pobres, como causa de los culpables detentadores de los bienes destinados para su subsistencia; las que ordenan que se refuten las blasfemias de los Judíos contra la Religion christiana, y condenan á los agüeros como una supersticion; y las que indican los sugetos dignos del episcopado; señalan á los que no se les debe conceder tal dignidad, y excitan el respeto que los Obispos deben tener á las órdenes del rey, á las leyes del Estado, á los decretos de los concilios y á su propio ministerio (2): Las leyes que establecia *Sulpicio* en toda la Iglesia de Francia eran la verdadera imágen de los admirables exemplos que daba por sí mismo á su pueblo.

Ya se habia hecho oír su triunfante voz hasta en los mas distantes parages de su Diócesis. Habia penetrado hasta por los campos

O 2

que

(1) *In secunda vitâ S. Sulpitii, apud Bolland.*

(2) Diversos Cánones del Concilio del Rheims celebrado en el séptimo siglo.

que habian assolado las desgracias de la guerra; llevado la semilla de la divina palabra á los infelices pueblos, que desde mucho tiempo á aquella parte estaban abandonados á su triste suerte; roto las cadenas de los pecadores mas rebeldes á la gracia; abolido las peligrosas costumbres de un culto profano, que eran sacrílegos residuos de un paganismo mal extinguido :::: ¡O que débiles son estos ensayos para el zelo de *Sulpicio*! Agobiado de fatigas no suspendia la rapidez de su carrera apostólica, sino para entregarse á mas penosos trabajos. Dexaba solo de combatir contra el vicio para destruir la impiedad. *Tulit abominaciones impietatis.*

Por aquel tiempo amenazaba á la capital del Berry un funesto contagio. En la Iglesia de Jesu-Christo se procuraba introducir una reciente sinagoga. El judaismo se insinuaba, acreditaba y sostenia allí á costa de un usurario comercio. Una porcion de este pueblo, tan querido antes de Dios, formaba en Bourges un cuerpo bastante poderoso para hacerse temer. Levantados sobre las ruinas de las familias á quienes constituía en la miseria, á título del cruel socorro que las ofrecia, empezaba á extenderse por todos los parages de la provincia. No hubiera tardado el Berry en indemnizarle de los daños padecidos en la Judea si su triunfo hubiera sido durable. Pero ¡ó gran Dios, y justo vengador del crimen! ¿como permites que esta nacion deicida exerza todavía por mas tiempo su tiránico imperio sobre tu pueblo? Mas ya, ya arma el cie-

lo contra ella la autoridad y el zelo de *Sulpicio*. Este habia formado el ánimo expreso de no consentir en su Diócesis ningun herege, idólatra, ni judío. *Nullum sinit aut Hæreticum, aut Gentilem, aut Judæum* (1). En efecto, así lo habia concebido, y quiso ponerlo por obra. Quantos discursos pronunciaba, otros tantos trofeos erigia á la Religion. Cada dia se multiplicaban sus conquistas. Aquellos empedernidos corazones, se hacian dóciles á su voz. Ya no se distinguia el judío y el gentil, ó por mejor decir, se veía que en lugar de estos eran ya solo christianos los que habia. Adoradores sumisos de la cruz, á quien ellos miraban como un escándalo y oprobio: abjuraban hasta los mismos Sacerdotes de la sinagoga sus antiguos errores. *Antiquos penitentes errores* (2); y daban el mas glorioso testimonio á la verdad de la Religion. El mismo *Sulpicio* se encargó de repartir sobre aquellos hombres penitentes las saludables aguas del bautismo. *Ab ipso Pontifice baptizati sunt* (3). Si descubria á alguno que permanecia en su ciega opinion, rehusando condescender á la ley evangélica, no cesaba de trabajar en su conversion. Les combatia y perseguia obligándoles á sujetarse á su victoriosa autoridad, ó á buscar lejos de Berry un asilo favorable á sus preocupaciones y á su impiedad. *Tulit abominaciones impietatis.*

O 3

3 Os

(1) *In secunda vita S. Sulpitii, apud Bolland.*(2) *Ibidem.*(2) *Ibidem.*

¿Os parece que limitará sus sucesos á esta primera victoria? No por cierto; vencedor del judaismo meditó nuevos proyectos. Ya que su zelo habia convertido ó confundido á los enemigos de la Religion, le restaba procurar la paz y tranquilidad de todo el reyno, como lo hizo. Pero ah! ¿Será acaso necesario recordar aquel sin número de males que experimentó la Francia con aquellos tristes dias de turbacion y de horror en los que para reunir el dividido poder de sus principes fué teñido el mas floreciente império de la Europa con la sangre mas noble y pura de sus vasallos? Dias tristes y deplorables por cierto, en los que victoriosa y vencida á un mismo tiempo la Francia, mudaba por sí misma en cipres sus laureles; y dias funestos, en fin, de quienes fué *Sulpicio* testigo, y en los que gemía delante de Dios hasta conseguir que disminuyese ó disipase las desgracias por la sabiduría de su conducta. Diestró en manejar los espíritus é instruir á los corazones, llevaba hasta el trono, como si fuera un *Angel de paz*, sus saludables consejos. Hábil en conciliar los intereses diversos de los potentados opuestos, se le oía hablar un nuevo lenguaje de política. ¡Con quanta fuerza probaba que las preocupaciones del ciego interés debian ceder á la quejosa voz de la naturaleza; y que los principes de una misma sangre en lugar de engrandecerse con recíproco perjuicio deberían discurrir el modo de sostenerse mutuamente, y el de vengarse de sus comunes enemigos! Sin romper los límites del respeto que debía á los po-

ten-

tentados, resplandecia su zelo con una santa indignacion, haciendo ver al principe con la mayor eloqüencia la triste pintura de la desolacion pública; de los pueblos oprimidos, de los campos arrasados, de los tesoros agotados y lo poco distante que estaba la pérdida del reyno::: sus lágrimas suplian por su eloqüencia; y su mismo silencio hacía todavía mas sensible lo que queria, y no se atrevía á representar.

En esto consiste que la historia de su vida le llame un Héroe de la Religion que hace temblar á los de la tierra. *Bellator egregius* (1). Cede el monarca á las instancias del Pontífice, y se muda la suerte de la Francia. De tal manera, que si se extinguió el fuego de la guerra, si Clotario II. llegó á ser solo el señor del império Frances, á las lágrimas y oraciones de *Sulpicio* es á quien debeis conceder esta milagrosa revolucion. A lo menos todas las órdenes del reyno reconocen y creen la obra de su zelo. No podia hacer este Santo de su autoridad un uso mas christiano. Pero ¿es menester un uso menos respetable de sus riquezas? Ah! Si hizo servir su autoridad para su zelo, tambien hará servir sus riquezas para su caridad.

¡Dichosos aquellos tiempos en los que los Prelados de la Iglesia eran víctimas de una gloriosa indigencia, y brillaban solamente por el resplandor de sus virtudes! Pero ¿si me atreveré yo á decirlo? En aquellos felices dias,

O 4

aun-

(1) *In secunda vitâ S. Sulpitii, apud Bolland.*

aunque contentos con su suerte los ministros de la Iglesia, les faltaba un requisito para hacer su dicha perfecta. Se gloriaban sí de su pobreza; pero no tenían el dulce consuelo de poder socorrer la de los demas. Por fin, llegó el tiempo en que la liberalidad de los fieles llenó sus nobles deseos. ¡Ah christianos! No, no critiquéis esta novedad. Aunque depositarios de los tesoros de la Iglesia, no eran los Pontífices ni aun poseedores de ellos. El cuidado de repartirlos entre los miserables que estaban á su cuidado, no les dexaba el arbitrio de invertirlos malamente. Y si tal vez se encontraba alguno, cuya infiel conducta le hiciese desdecir de su ministerio, ¡quantos otros se hallaban que aun se excedian generosamente á las rígidas obligaciones que su estado les imponía! De sus liberales manos salian como de un fecundo raudal aquellos útiles beneficios que reponian á las familias que estaban para perecer, aquellos beneficios que procuraban asilos á la desesperada miseria, haciendo construir unos santos y laudables establecimientos en donde se aprovechaban recíprocamente la humanidad y la Religion; y, en fin, aquellos beneficios que llevaban, por decirlo así, la riqueza y la esperanza hasta en el seno mismo de la pobreza y de la desesperacion.

De este modo se presentó en el séptimo siglo á vista de toda la Francia el libertador del Berry *San Sulpicio*. Como zeloso protector de todos los desgraciados, no ambicionaba otra gloria que la de ser su libertador. Se conten-

ta-

taba con padecer el mismo con tal que pudiera dulcificar los trabajos y miserias de su pueblo; y como santamente pródigo se creía demasiado feliz en poderlo sacrificar todo para levantar del polvo de la tierra á las tristes victimas de una fortuna inconstante. Mas ¿como es posible que os represente yo sus cuidados y atención en remediar por medio de la multitud de sus limosnas las desgracias que acarrea la calamidad de los tiempos? ¿Que nombre darémos al inocente artificio que empleaba para descubrir los ocultos rigores de una verdadera indigencia, á pesar de la exterioridad de una cómoda situacion? Aplicado á descubrirla y pronto en socorrerla, solo temia que su infiel memoria le hiciese faltar á su caridad. Iba precipitadamente::: pero ¿que digo yo? No, no le parecía oportuno ir con la precipitacion que su zelo exigió: creía, y con razon, que tomando un camino indiscreto le sería sensible á qualquiera tímida delicadeza. La miseria estaba oculta, y no queria que sus beneficios fuesen públicos. Sabía hacer correr por imperceptibles conductos las saludables aguas que habian de fertilizar á las tierras estériles, haciendo que ignorasen aquellos miseros de cuyos ojos arrancaba lágrimas su caridad, quien era su consolador.

Siendo tan universal como prudente su liberalidad, no conocia odiosas excepciones. Bastaba ser desgraciado é infeliz para encontrar en él los mismos sentimientos y experimentar los propios beneficios. Así, pues, estuvo siempre sintiendo el haber dexado en manos

ex-

extrañas la vida de un niño que había estado largo tiempo espuesto al rigor de la inclemencia. Formémos, si es posible, una justa idea de su vivo y profundo dolor al ver que por este hecho había aprehendido, que la muerte que acababa de sobrevenir á aquella criatura le había quitado el mas precioso tesoro. ¡Ah! quanta crueldad se reprehendia á sí mismo por haber llegado tan tarde el socorro de que él no tenía culpa! ¡Quan sensible le era no haber podido remediar los tristes efectos de una involuntaria negligencia! En su mismo rostro mostraba con pálido color los movimientos de su piadoso corazón. Puede decirse, que solo su ternura le impidió seguir al desgraciado, de cuya muerte le parecía haber sido causa. Pero, ó gran Dios: tú, tú que eres testigo de sus lágrimas, ¿te negarás á justificar su caridad? Concede, pues, concede á sus ardientes súplicas este desgraciado niño, en cuya suerte tomará parte con la mayor presteza, y haz que por medio del resplandor de este milagro gane hacia sí todos los corazones. *Ad vitam revocat* (1).

Solo el corazón de su pueblo era el tesoro que deseaba *Sulpicio*. ¡Digna ambición de la humanidad! Pero no, no era esta solamente la que producía en el alma de nuestro Santo su tierna compasión para con los desgraciados hombres. Con ser criatura tenía un título suficiente para que se interesase en su fortuna. Este es un deber de la naturaleza que hablaba á

(1) *In vitâ S. Sulpitii, apud Bolland.*

á su corazón, pero había un motivo mas poderoso que apuraba la ternura de sus sentimientos en favor de la miseria, qual era el de la Religión. Esta añadía un nuevo realce á los heroicos esfuerzos de su generosidad. En la triste caída de una arrogante fortuna, le manifestaba la humanidad la imagen de sí mismo: la Religión de quien experimentaba este contraste, le descubría la imagen de su Dios. Quando le presentaba el retrato de un otro sí mismo, no podía exigirle la humanidad otra cosa que el que tomase parte en sus desgracias; pero quando le ofrecía la Religión en un infeliz la imagen de su Dios, exigía de él un heroísmo mas perfecto y hasta el sacrificio de sí mismo. Convencido, pues, de que era esta la indispensable obligación de todo christiano, ¿como era posible que no comprehendiese hasta que punto se debía extender para un Pontífice?

Esto fué causa de que distribuyese aquellas inmensas riquezas por todas las partes de su Diócesis. Su palacio llegó á ser el asilo universal de todos los pobres. Ellos eran los que componían su primero y principal ornato: ellos los que formaban en él la mas brillante decoración. Es evidente; pero llama otro asunto en este instante mi atención, que no dexa de admirarme. Este no es otro que el verse el mismo *Sulpicio* rodeado de esta lúgubre corte. Escuchaba las quejas de los infelices: meditaba sus deseos y tenía su mayor dicha en hacerlos felices. Su corazón deseaba que el poder fuese sin limites para no ponerles á sus liberalidades.

des. Tres célebres fundaciones se vieron casi á un mismo tiempo instituidas por sus cuidados, las que se sostienen por sus larguezas y serán eternos monumentos de su gloria. Establecimientos ventajosos, proporcionados al sexo femenino, cuya miseria exponia á la inocencia: socorros útiles para los jóvenes levitas, á quienes sufocaba la indigencia inutilizando tanto sus talentos como sus virtudes; sostenidos, ó reedificados los templos de la misericordia, y adornado y enriquecido el santuario, con otros mil interesantes proyectos que no tengo presentes, y fueron solo el prelude de los milagros que su caridad debia obrar en la mas crítica ocasion á favor de su pueblo.

En aquel tiempo tenia las riendas del imperio Frances Dagoberto Primero, como hijo y sucesor de Clotario Segundo. Estimado desde luego de sus vasallos, supo conducirles con imperio y sabiduría, y librarles de sus tiranos. Respetados de los Potentados vecinos, habia sido el árbitro y el mediador entre ellos. Colocado en el templo de la gloria por los ministros del Señor, repartió entre ellos con profusion sus magníficas larguezas. Poco temible por su valor y mucho por sus generales; y aunque admirable siempre por su generosidad, llegó á ser por fin vituperable á causa de sus desarreglos; de tal modo, que aquellos mismos que alababan los milagros de su caridad, no pueden escusarse de confesar el borron que echó sobre su reyno con la esclavitud de la mas vergonzosa pasion.

Aunque el amor de sus vasallos sostuvo mu-

muchos dias á aquel monarca, llegó por fin con la desgracia de tos tiempos á mendigar del favor de los particulares el recurso que necesitaban sus agotados tesoros. Asegurado el pueblo de los sentimientos del príncipe habia recibido con respeto tan pesada carga. Parece que las leyes mas duras dexan de serlo quando el que las expide violenta su corazon para imponerlas. ¡Pero quantas veces es la conducta de los ministros subalternos poco conforme á las sabias intenciones del príncipe! Las mismas leyes, cuyos rigores habia mitigado la bondad del monarca, llegaron á hacerse pesadas por las determinaciones de un exáctor. Con este tirano de las provincias degeneraba la justicia en crueldad, encubriéndose ésta temerariamente con la autoridad real de que abusaba. La desmedida codicia no respetaba la elevacion de unos ni las necesidades de otros. Los ricos se veían despojados y los pobres abatidos. Todo el mundo gemia baxo la mas violenta persecucion. La desolacion era general, y ninguno se determinaba á llevar hasta el trono las justas quejas de una providencia con que se veían expuestos á perecer muy en breve baxo el peso de sus desgracias. A vista de esto, ó tierna caridad de *Sulpicio*, ¿como es posible que te hagas insensible á la afliccion de tu pueblo? ¿Observarás tú un silencio político y detestable? No por cierto. *Sulpicio* exhortó dulcemente al cruel ministro. *Assessorem alloquitur blandè* (1).

Ah!

(1) *In vitâ S. Sulpitii, apud Bolland.*

Ah! era muy poco para él haber multiplicado sus limosnas y llegado á ser el primer pobre de Berry. Lo sacrificaré todo, decia, y aun me sacrificaré á mí mismo por cambiar la triste suerte de mi rebaño. Iré y hablaré, y dexará tú, desgraciado pueblo, de ser la víctima de una injusta y odiosa vexacion. *Descendam, & loquar, & non graueris* (1). No me contentaré con derramar estériles lágrimas; llevaré hasta el trono del Soberano la causa de la inocencia oprimida. *Descendam*. Le manifestaré mis quejas: haré mis súplicas: y pediré venganza al cielo y á la tierra. *Loquar*. La desgracia de mi pueblo es el suplicio de mi vida. Sino es menester mas que mi muerte para librarle de los rigores de una indigna esclavitud, ya tarda en cumplirse á mi corazon este importante y justo deber. El príncipe me oirá, me remediará y dexará mi pueblo de ser desgraciado. *Descendam, & loquar, & non graueris*.

Lo que *Sulpicio* no pudo conseguir de un tirano é incontrastable exáctor, se atrevió á pedirlo al Dios de justicia. Pidió, no la ruina del bárbaro enemigo que oprimía á su pueblo, sino su conversion. Dispuso un ayuno general para que cesase aquel terrible azote. Hasta los pies del trono fué con sus vivas súplicas y sus terribles predicciones. Hizo saber al monarca, que apenas le quedaba tiempo de remediar una próxima muerte por una pronta penitencia. *Celerem interitum; nisi fuerit ce-*
le-

(1) Núm. II. 17.

Ierius emendatum (1):: Llenóse Dagoberto de terror con esta amenaza. *Rex metu deterritus*. Aplaudió el monarca su zelo, condescendió con sus súplicas y se aprovechó de sus advertencias. Aboliéronse los impuestos. *Aboletur census*. Se castigó al tirano. *Perit assertor*; y Dagoberto publicó, estando para morir, que á *Sulpicio* solamente era á quien se le debía el haber remediado una injusticia tan grande; conocido á un ministro indigno de serlo, y librado á un pueblo á quien hacia desgraciado sin él saberlo. *Salus tribuitur populo* (2). De este modo murió el monarca con señales de arrepentimiento. Pereció su ministro lleno de oprobio y cesaron las desgracias. Mas no por eso dexaba nuestro Santo de ser caritativo. ¡Quanto hizo para remediar con nuevos beneficios las antiguas desgracias y estorbar que sobreviniesen otras! Como pastor fiel, solo hacia servir las riquezas del Obispado para las necesidades de su rebaño, mostrandose por su desinterés, superior á los privilegios que la dignidad le concedia, aun mucho mayor que sus propias grandezas.

Ninguna cosa contribuye tanto para seducir el corazon del hombre como el falso brillo de los honores. Las prerogativas que parece están anexas á ellos por las leyes y los usos, ó los abusos de que gozan, tienen no se que atractivo, de quien algunas veces es dificultoso desentenderse. Lo cierto es, que él lison-
jea

(1) *In secunda vita, S. Sulpitii, cap. 7.*(2) *Idem.*

jea al amor propio, á la vanidad y á la ambicion. De tal suerte, que no se avergüenza de menospreciar las obligaciones de su empleo al paso que es sumamente zeloso para mantener sus prerogativas.

Jamás tuvo *Sulpicio* semejante ilusion. La sencillez evangélica fué siempre su herencia. *Simplicitatem Apostolicam observans* (1). Acostumbrado á no estimar en el Episcopado sino la santidad del ministerio de que se hallaba revestido, y no aquella frívola y exterior gloria que en nada aumenta el mérito, se habia impuesto la obligacion de caminar siempre por las sendas de Jesu-Christo humillado, y ser él mismo tambien humilde. *Humilitatem Christi emulari studet* (2). Tan enemigo del fausto como de las alabanzas, sabia distinguir lo que únicamente lisonjea al hombre y lo que debe realzar á un Pontífice. Como justo apreciador del sagrado carácter, menospreciaba siempre aquellas fútiles ventajas que el orgullo de los hijos del siglo busca con tanto afán, defiende con tanto calor y venga con tanto estrépito. Quando llegó á ocupar el puesto de las grandezas caminaba por las sendas de la virtud y honraba á su estado y dignidad por su desinterés. Quando consiguió los honores sin ambicion, vivia entre ellos sin fausto y los menospreciaba sin sentimiento. Suplicaba á su Soberano con el mas vivo encarecimiento, que le permitiese asociar á sus trabajos

un

(1) *In vitâ S. Sulpitii*, c. 7.

(2) *Idem*.

un ministro capaz de sucederle. Consiguió por fin lo que pedia, aunque para él no era favorable. Este Pontífice que fué el honor del Sacerdocio, el apóstol de Berry y de toda la Francia, el amigo, el defensor, la víctima de su pueblo. *Sulpicio* en fin, renunció el episcopado, y en su dimision consiguió todo el mérito de una voluntaria pobreza. Si la autoridad del príncipe y la voz pública se empleaban para con él, era para apartarle y no para hacerle seguir el proyecto que meditaba. El Berry aplaudió el tierno espectáculo de un pueblo bañado en lágrimas que se esforzaba á detener los pasos de su protector y padre, formando al rededor de él una impenetrable muralla para suspender su resolucion y retardar su ausencia. Quanto tienen de persuasivo los espíritus llenos de tristeza, se empleó para detener á *Sulpicio* en una ciudad y Diócesis á quienes habia acarreado su felicidad: ¡O afligido pueblo! Yo bien veo que tus tiernas lágrimas mueven á *Sulpicio*; pero no le harás mudar de determinacion. Se ha escogido un sucesor que ocupará para con vosotros, como si fuera él mismo, la dignidad que dexa. Con haberse entrado en la obscuridad de un desconocido retiro, se libró ya de vuestras importunas y presentes solicitudes.

¡O desconocido retiro! No, no creais que este dexa de ser útil. *Sulpicio* llegará á ser el padre y el legislador de un numeroso pueblo. La santidad de su vida será el poderoso encanto que atraiga á largas distancias de las ciudades á los virtuosos Sacerdotes y á los fer-

vorosos Religiosos. Todos le elegirán por su maestro y su guía. Aprenderán por sus ejemplos y se mostrarán dignos de ser sus discípulos. Le imitarán, y aunque por diferentes caminos perpetuarán el heroísmo de su desinterés, la severidad de su penitencia y los milagros de su piedad. En aquellos lugares tan solitarios es donde consumó *Sulpicio* su santidad y gloria, estando recogido, y siendo siempre activo en el trabajo. Allí es donde con el fervor de una sublime contemplacion consagró los últimos dias de una extenuada vida. Allí fué donde con un reposo siempre útil á la Iglesia se dispuso santamente para comparecer ante el tribunal del *justo Juez*. Padre de los pobres hasta la muerte, y hasta ella oráculo y modelo de una santa posteridad, á quien veía multiplicarse felizmente despues de haberse pasado muchos y completos dias: murió, en fin, siendo él solo insensible á la reputacion de un mérito que reverencia toda la Francia.

¡O que muerte! ¿Quién podrá dar á entender el justo dolor que manifestaron sus discípulos, su pueblo, su clerecía, su sucesor, todo el reyno y la Iglesia entera? Cada uno le parecia morir con él porque temia sobrevivirle. Pero ¡ó inesperada revolucion! Las lágrimas y los sentimientos se mudaron en confianza y veneracion. El dia de su pompa fúnebre llegó á ser el primero de su culto. Todos á una voz publicaban su elogio ya que hasta entónces habia obligado á callarle su humildad. El templo que era depositario de

sus

sus cenizas y estaba consagrado á su nombre vino á ser el testimonio de su poder. Sobre el altar que le sirve de sepulcro atrae este mismo poder á los Reyes, á los Pontífices, á los pueblos, á la Francia, á la Europa y á todo el Universo. La serie de los siglos produce en él una nueva sucesion de maravillas. Desde que murió *Sulpicio*, no ha dexado nunca de ser lo que era durante su vida: esto es, el bienhechor de su nacion, y el conducto por donde se obran mil prodigios.

Si señores: si yo hubiera querido admiraros mas bien que instruiros, os hubiera dicho con los historiadores contemporaneos de *Sulpicio*, que á su poderosa voz recobraban los ciegos la vista, los sordos el oido, los mudos el habla, y que andaban los paralíticos y resucitaban los muertos. *Cæcis visum, surdis auditum, locutionem mutis, claudis gressum, vitam mortuis reddebat*. Os hubiera dicho, que á su imperiosa voz suspendian las aguas sus inundaciones: detenia el fuego su actividad: la tempestad se apaciguaba: se cubria la tierra de exquisitos frutos; y que todos estos milagros tuvieron por garantes y defensores á los mismos hombres que, como se sabe, son los menos á propósito para admitirles, los mas ingeniosos para obscurecerles, y los mas atrevidos para contradecirles. Os hubiera citado los irrefragables, seguros y universales testimonios que dieron igualmente de estos milagros Clotario Segundo, la reyna Sichilda, Dagoberto Primero, San Desiderio, San Oüeno, San Eloy, San Gregorio de Tours,

P 2

San

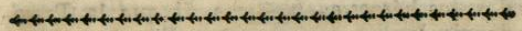
San Antonino, el Venerable Veda, Vicente de Beauvais, Usuardo, Guiberto, Galesino, Odon, Raban, Surio Aymon, Bollandis, y aquel severo crítico, á quien los filósofos modernos no acusaron de credulidad, ni de supersticion. Os hubiera hecho ver, que todas estas maravillas se perpetúan en las diferentes ciudades, cuyo zelo las estimula á solicitar alguna parte de sus mortales despojos::: Vosotros sois, Paris, Villafranca, Puen-tefrancesa, Vaviera; vosotros sois entre otras las que os habeis distinguido en solicitarlos, y con particularidad esta dichosa ciudad que poseyó á *Sulpicio* y le vió morir. Vuestra piedad, pues, no aumenta con menos fuerza la celeridad de su culto, que la continuacion de sus prodigios.

No me parecen menos acreedores á este título las maravillas que se advierten en el orden de los acontecimientos que acompañaron, digámoslo así, á los principios: apresuraron los progresos, é hicieron concluir la obra de este templo el mas precioso de la Europa, que baxo la invocacion de *San Sulpicio* se ve consagrado al Eterno Padre::: ¡Bien puede el sabio y piadoso Esdras, que fué el que con tanto zelo conduxo esta brillante empresa, contemplar muy despacio su obra, gozar de sus sucesos, y eternizar su gloria con la de *Sulpicio*! ¡Bien pueden los pueblos que acabaron de oír la relacion de estas admirables acciones con que se distinguió el Santo Pontífice, no olvidar jamas de que *Sulpicio* fué á un mismo tiempo su protector y su padre! ¡Bien pueden

den los Grandes de la tierra, á quienes el exemplo de nuestro Santo parece que particularmente instruye, aprender de él el arte de vivir penitentes en la mansion del libertinage, recogidos en la de la disipacion, y fieles á la fe en la de la incredulidad! ¡Bien pueden hacer como él, que sirva su autoridad para su zelo, y sus riquezas para su caridad! Y, en una palabra, menospreciando generosamente la vana brillantez que les rodea, pueden edificar á los pueblos y hacerles ver patentemente, que la grandeza no sirve de obstáculo para la santidad. De este modo conseguirán que *Sulpicio* no dexede ejercer entre los grandes un ministerio siempre útil y edificativo. *In medio magnatorum ministrabit.*

¿Será acaso ya tiempo de formar otras ideas? ó gran Santo: tú fuiste en otra época el consejero de nuestros reyes, con que sed en el día el protector de una monarquía tan estimada de sus vasallos como temible á sus enemigos. Aunque pacífica por inclinacion, haz que sostenga sus derechos por medio de la guerra. Y supuesto que conocen ya á un Héroe sus sucesos, concededle que vuele rápidamente de victoria en victoria: que asombre al Universo con el terror de sus armas y la rapidez de sus conquistas: que obligue á que los potentados armados contra él ajusten una paz que sea para su corazon la mas amable, y forme el triunfo mas precioso. Y nosotros, hermanos míos, no cesemos como testigos de su gloria de dar eternas gracias por ellos

ellos al todo Poderoso. Reconozcamos que él solo es el que fixa la suerte de los combates, asegura la estabilidad de los impérios y arregla los destinos del Universo. Alabémosle, pues, á él solo: honrémosle, y glorifiquémosle, por todos los siglos de los siglos. Amen.



PANEGÍRICO DE SANTIAGO EL MAYOR,

Apóstol:

PREDICADO

En Turnay, el 25 de Julio, en la Iglesia Parroquial de su nombre.

Cecidit ipse primus. Murió el primero.

I. Macch. 7. 43.

Sobre que tema acabo de establecer el elogio de *Santiago*, cuyo triunfo nos congrega en este templo? ¿Hay acaso en la Iglesia de Jesu-Christo un singular carácter que le distinga? Sí, hermanos míos: y sin apartarme del respeto que debo á todos los apóstoles me atrevo á decir, que aquel baxo cuya invocacion está consagrado este templo, tiene sobre ellos una ventaja y primacia señalada en los fastos de la Religion.

Hay Santos por quienes el zelo de los oradores christianos quieren algunas veces preocuparse. Se deleytan en colocar sobre to-